

por haberse atrevido á decir que se desviaba de las santas Escrituras, le hicieron callar bien pronto cortándole la cabeza. No fue mas afortunado el éxito de una conjuración que formaron los anabaptistas menos insensatos. Tomando éstos sus medidas para restituir la ciudad á la autoridad legítima, lo que el esceso de la tiranía hacia desear, fueron descubiertos y condenados á muerte con diferentes súplicas. Prometió el sanguinario profeta los primeros puestos en el cielo á los que le sirviesen de verdugos, y esta esperanza les hizo disputarse la ventaja de egercer con preferencia este oficio.

20. Establecida enteramente la autoridad del tirano, solo se trataba de un título para hacer el papel de Rey, conforme se habia propuesto (1). Escogió un platero, llamado Tuscocierer, á quien habia atraído á sus intereses, y le instruyó en breve tiempo en el arte de profetizar. Dos meses solamente despues de haber instituido el gobierno de los jueces, les hizo declarar por este nuevo profeta, que así como el Señor habia establecido en otro tiempo los Reyes de Israel en lugar de los jueces, él substituía del mismo modo á los jueces de la nueva Sion á Juan de Leyden, en calidad de Rey. Los jueces descubrieron fácilmente el origen de la profecía, y no se podían resolver á someterse; mas Becold, continuando su comedia sacrilega, protestó que Dios le habia ya revelado lo mismo que á Tuscocierer, pero que como aspiraba mas bien al último puesto que á la suprema

(1) *Sleid. l. 10. p. 313.*

dignidad del Rey, habia tenido en silencio una elección que le elevaba tanto á pesar suyo: que habiendo sin embargo hablado el Señor á un segundo profeta, se veía forzado á obedecer y á no poder eximirse de subir al trono, al cual le llevaban las órdenes del Altísimo. Concluido este razonamiento, mandó á los jueces que renunciasen y le reconociesen por Rey. Respondieron, que solo al pueblo pertenecía conferir esta dignidad. En hora buena (replicó Becold señalando á su platero) ved aquí el profeta: escuchadle. A estas palabras el platero se volvió á los jueces, y les dijo: de parte de Dios Todopoderoso, que se junte toda la plebe en el mercado: allí pronunciaré sus oráculos. Egecutada esta orden inmediatamente, exclamó el profeta: escucha Israel, mira lo que ordena el Señor tu Dios; serán depuestos los jueces, lo mismo que el obispo y sus ministros, y se escogerán doce personas sin letras para anunciar mi palabra á las naciones. Y tú (dijo á Juan de Leyden presentándole una espada desnuda) recibe este instrumento que te envia el Rey del cielo: éste te establece Rey justiciero de toda la tierra, para estender el imperio de Sion hasta los cuatro ángulos del mundo. Al momento Juan de Leyden fue proclamado Rey con grandes demostraciones de alegría: tomó las insignias de la dignidad real, y luego se hizo coronar solemnemente el 24 de Junio de 1534.

Apenas este vil sastre fue reconocido Rey, afectó una magnificencia, un fausto, un orgullo, un imperio y un despotismo sin egeemplo hasta entonces. Hizo

acuñar monedas que presentaban por un lado dos espadas en aspa, con esta inscripcion: *en toda la extension del reino de Dios, una sola fe, un solo bautismo;* y del otro lado: *el que no renazca del agua y del espiritu, no entrará en el reino de Dios.* Esto era como un decreto de muerte contra todos los que rehusasen entrar en su absurda secta. Uno de los primeros cuidados del nuevo Rey fue enviar á todas partes sus evangelistas, cuyo número hizo llegar hasta veintiseis, tanto para procurarse refuerzos, como para acreditar su nuevo evangelio. Partieron despues de haber recibido cada uno una moneda; y apenas pusieron el pie en los lugares de su mision, echaron á correr como frenéticos, gritando con voz espantosa: *convertíos.* Todos fueron presos y castigados de muerte, á escepcion de un tal Hilversum, que fue remitido al obispo de Munster, cuya gracia obtuvo mediante haber ofrecido proporcionar una inteligencia contra los rebeldes.

Hilversum volvió al Rey de Munster, el cual con voz terrible le preguntó cómo se atrevia á volver solo, sin haber sufrido cosa alguna por el evangelio, y declaró que su crimen solo era espialable con la muerte. Hilversum, volviendo imposturas contra el ímpostor, le respondió que regresaba por orden expresa del Señor, que le habia sacado de la prision milagrosamente. Y el ángel que me ha libertado, añadió, me ha ordenado decirnos que Dios os entregaba tres poderosas ciudades, Amsterdam, Deventer y Wesel. No es menester mas que enviar á ellas

evangelistas: los habitantes recibirán el evangelio sin oposicion, y se sujetarán de buena voluntad á vuestra obediencia. El Rey colmó de honores y beneficios á un profeta tan útil, y no pensó mas que en recoger los frutos que le anunciaba. Por este medio fueron sacados de Munster, Jacobo de Campeu, Mateo de Middelbourg y otros muchos fanáticos de los mas temibles. Becold intentó sin embargo hacer levantar enteramente el sitio: juntó de cuatro á cinco mil hombres intrépidos, y les dió un gran convite antes de conducirlos al enemigo. El Rey y la Reina, con sus cortesanos, sirvieron á esta chusma de bandidos; y acabada la comida, tomó el Rey el pan y distribuyó á los convidados, diciendo: *tomad, comed, y anunciad la muerte del Señor.* La Reina en seguida tomó y les distribuyó el vino diciendo del mismo modo: *bebed y anunciad la muerte del Señor* (1). Estando luego el Rey y su corte complaciéndose con ellos, vinieron á anunciarle que un oficial de los sitiadores habia sido hecho prisionero. Dejó el banquete para ir en persona á cortarle la cabeza, y volvió inmediatamente á colocarse en la mesa, congratulándose de esta egecucion de verdugo como de una hazaña heroica.

Poco despues cometió una atrocidad todavía mucho mas horrible (2). A pesar de todos sus esfuerzos y estratagemas contra los sitiadores, la ciudad mas estrechada cada dia, fue reducida á una escasez tan cruel, que los habitantes morian de hambre en grande

(1) *Cochl. p. 277.* (2) *Sleid. l. 10. p. 319.*

número. Una de sus mugeres, movida á compasión, dijo, que ella no podia creer que el cielo hubiese condenado tantas personas á morir de miseria, mientras que todo abundaba en la casa del Rey, no solamente para satisfacer la necesidad, sino tambien para las delicias. El tirano mandó llevar esta muger con toda su familia á la plaza pública, la hizo poner de rodillas, la reprendió su culpa, y tirando despues del sable, la cortó la cabeza. Ordenó luego que su memoria fuese execrable; y tomando por la mano á las demás mugeres suyas, se puso á danzar, exhortando al pueblo, que no tenia mas que pan y sal para su sustento, á que imitase su ejemplo. Al momento se pusieron todos á danzar y cantar á un tiempo, dando gracias al Padre Eterno. Bercold habia profetizado que antes de Pascua quedaria la ciudad infaliblemente libre; pero llegando esta festividad sin esperanza alguna de socorro, se fingió el impostor enfermo por espacio de seis dias. Despues se dejó ver en la plaza pública montado sobre un asno ciego, y dijo al pueblo que todos sus pecados los habia trasladado el Padre celestial á aquel asno; y que esta era la libertad incomparablemente mas deseable que les habia prometido.

Una ceguedad tan espantosa no era difícil que fuese confundida, á lo menos por los católicos, que con los primeros elementos de su creencia hicieron palpable el delirio y todo su horror. Los luteranos, y aun el mismo Lutero, creyeron no deber guardar silencio. Este heresiarca hizo llegar á Munster un

discurso violento, en que sustituyendo las injurias á las razones que desmentian su propia conducta, les dice en su estilo acostumbrado, que estaban poseídos de todos los demonios juntos. Se les fuerza luego en hacerles conocer que todos los artículos de su doctrina (que recorre sucesivamente) son contrarios á la Escritura. Mas los anabaptistas, instruidos por el mismo Lutero en dar al testo sagrado el sentido que cada uno en particular juzgase á propósito, vieron con tanto desprecio como indignación la inconsecuencia de un maestro péfido que les atribuía á culpa el seguir el camino que él mismo les habia abierto (1). Por esto, en el libro del restablecimiento, que adquirió toda su celebridad durante el sitio de Munster, maltratan mucho mas á los luteranos que á los católicos. Dicen en él, en términos formales, que el Papa y Lutero son dos falsos profetas, pero que el segundo es peor que el primero. El evangelista de Leyden, lo mismo que el de Witemberg, se atribuyó una misión extraordinaria recibida inmediatamente de Dios. Era, en su boca, otro Juan Bautista, venido para allanar el camino, pero de una manera tan diferente, como la segunda venida del Señor respecto de la primera: Juan Bautista, segun sus principios, vino para anunciar la penitencia á los pecadores, y Juan de Leyden para esterminar á los pecadores en toda la estension de la tierra: despues de lo cual vendria Jesucristo, antes del juicio final, á reinar en este mundo durante mil años con sus escogidos. Aunque

(1) *Sleid. in comm. l. 10. p. 914.*

los Apóstoles no tuvieron jurisdicción alguna en punto de lo temporal, los ministros de la iglesia anabaptista, siempre en virtud de su misión extraordinaria, se apropiaban el derecho de llevar armas, y derramar sangre, hasta que hubiesen convertido todos los estados del universo en una sola república, enteramente compuesta de verdaderos creyentes; es decir, de gentes que nada poseyesen como propio, y que viviesen en una comunidad perfecta.

21. El embrión de esta república imaginaria se acercaba sin embargo á su entera ruina. El cuerpo germánico había tomado en consideración las justas súplicas del obispo de Munster y de todos los estados vecinos. En una dieta celebrada en Worms le concedieron por cinco meses socorros proporcionados á la necesidad en que se hallaba, y se dió prisa á hacer uso de ellos. Confirió el mando del ejército al conde de Orbestein, le entregó sus propias tropas, y avivó tan eficazmente la expedición, que los rebeldes, ya en vísperas de morir de hambre, tuvieron que temer pronto otros males que daban menos espera en el peligro próximo en que se hallaban de caer en poder del vencedor. Hubo muchos de ellos que pasaron al campo enemigo tan pálidos y descarnados, que escitaron la compasión de los soldados mas inexorables. El obispo, mas sensible que todos á vista de la miseria de su rebaño, hizo arrojar algunas cédulas dentro de la plaza, para advertir á los habitantes que se les perdonaría con tal que entregasen á Juan de Leyden, y algunos otros furiosos autores principales de la

calamidad pública. El tirano, á cuyas manos llegaron algunas de estas esquelas, previno este golpe; y apostó guardias para impedir que en adelante saliese alguno de los ciudadanos hambrientos á buscar pan en el campo católico. Pero no por esto dejó de formarse una conspiración sin que pudiese descubrirla toda su vigilancia.

Había en Munster un desertor de las tropas del obispo, el cual para merecer el perdón, concibió el designio de introducir las en la plaza, aprovechándose de la consternación general de los sitiados (1). Sondeó el foso de la ciudad, le pasó sin riesgo, y fue á presentarse al prelado, á quien dió noticia de su descubrimiento; ofreciéndose á marchar al frente de la expedición en prueba de la infalibilidad del buen éxito. El obispo le creyó, y mandó por compasión que se intimase otra vez la rendición á los rebeldes; pero en vista de su obstinación marchó á las once de la noche hácia el lugar señalado junto con el desertor y lo mas escogido de sus tropas, á quienes seguía muy de cerca el grueso del ejército. Todo sucedió como se le había pronosticado, aunque con gran peligro de quinientos valerosos que entraron los primeros en la plaza, despues de haber degollado las guardias de un baluarte. La guarnición acudió al tumulto, los cargó con furor, y al principio con bastante ventaja para cortarles la comunicación con el resto de su gente. Pero en fin hicieron tales esfuerzos, que se apoderaron de una puerta, por donde

(1) *Hist. des Anabapt. n. 1. et 2.*

podieron entrar todos los sitiadores. Los rebeldes atreviéndose todavía á resistir, y sosteniendo un segundo sitio en las casas del consistorio, diéron motivo á que se hiciese una horrible carnicería, hasta que sucediendo el deseo del botín al furor de la venganza, se entregaron los vencedores al saqueo, el cual se extendió á todos los cuarteles de Munster. Juan de Leyden, habiendo podido escapar de la matanza, fue hecho prisionero, junto con los principales fautores de su impostura. Así acabó el reino de los anabaptistas en Munster, despues de haber durado diez y seis meses. Dos dias antes de esta catástrofe el arrogante fanático, en lugar de aceptar la paz que todavía se le ofrecia con condiciones razonables, amenazó por el contrario que no daria cuartel sino á los que rindiesen las armas para venir á pedirle perdon.

Para confundir su orgullo, le pasearon de círculo en círculo por toda Alemania. Despues de haber ofrecido en todas partes el espectáculo de una insolencia exaltada por el fanatismo, y despues de haber sufrido todos los ultrages que provocaba de este modo, fue atado como un miserable á la cola de un caballo, y luego encerrado en un castillo cerca de Munster. Propuso sin embargo, que si querian perdonarle, reduciria á la obediencia de la iglesia y de los magistrados á una infinidad de anabaptistas, ocultos en la Holanda, en la Frisia, en el Brabante y en Inglaterra. Su crimen pareció demasiado enorme para que le creyesen dispensable de una severidad capáz de

imprimir el espanto. El obispo de Munster quiso interrogarle, y el prisionero manifestó en las cadenas tanta altivez como si estuviese todavía sentado en el trono. Habiéndole preguntado el prelado con qué derecho y autoridad se habia apoderado de Munster, en lugar de responder, preguntó él al obispo que con qué autoridad pretendia que aquella ciudad le perteneciese. El obispo sin manifestarse ofendido, le dijo que su cabildo le habia elegido, y que el pueblo le habia aceptado. Y á mí, replicó el fanático, me ha escogido Dios para mandar á toda la tierra, y he sido reconocido en esta calidad por todos los que son verdaderos fieles. Reconviéndole luego el obispo con los perjuicios irreparables que habia causado solo con el incendio de los edificios, de los libros y de los ornamentos consagrados al culto divino; encerradme, respondió, en una jaula de hierro cubierto con un cuero, y paseadme por todas partes, no exigiendo mas que un ochavo por cada persona que desee verme; y por este medio recogeréis mas dinero que el que yo os he causado de pérdida, y el que os ha costado mi delito. El obispo cansado de su insolencia, le dejó; y fue condenado á muerte.

Atáronle á un poste, donde los verdugos con tenazas ardiendo le pusieron todo el cuerpo hecho una llaga por espacio de una hora entera. Pero ¡cuán elevado se manifiesta el Señor sobre el hombre, particularmente en la efusion de sus misericordias! Durante este horrible y desesperado suplicio, el culpable abandonado poco antes á la perversidad de su corazón

hasta el delirio del fanatismo, y al trastorno casi entero de la razon, fue instantáneamente tocado de arrepentimiento, manifestó una paciencia admirable, y pidió perdon á Dios con los sentimientos mas vivos de piedad y compuncion. Siendo ya imposible usar de la tenaza sin atenazarle las mismas llagas, y sin exasperar bastantemente sus dolores, temieron cambiar sus sentimientos de religion en desesperacion, y con una espada le dividieron el corazon. Sus principales cómplices, que fueron ajusticiados con él, lejos de entrar en las disposiciones cristianas que él acreditó hasta el último suspiro, se endurecieron al parecer mas con este espectáculo, y murieron sin reconocer sus engaños ni retractar sus errores.

22. Juan de Gelcen, á quien Juan de Leyden habia encargado antes de su caída la conquista de Amsterdam, formó para esto un partido poderoso compuesto de anabaptistas de Frisia y de Holanda que debian salir todos juntos en un dia señalado, y al momento que comenzase á sonar la campana de la casa de la ciudad (1). La conspiracion fue descubierta, pero precisamente en el dia de la ejecución; de suerte que la ciudad toda se conmovió, y se vió en el último peligro. Los magistrados y ciudadanos mas principales se defendieron con mucho valor, y hubo en el combate una gran carnicería de una y otra parte. Los fanáticos cedieron por último; y no pudiendo escaparse, porque les cargaban por todas partes, se arrojaron en la casa consistorial donde fueron

(1) *Hist. des Anabapt. imprimee á Amst. en 1700. n. 33.*

tambien forzados. Juan de Gelcen subió á una torre, llevando la escala consigo; pero al tiempo de asomarse para animar á los suyos que aun peleaban, recibió una bala de mosquete que le precipitó de la torre á la plaza del mercado: despues de lo cual solo se hizo una carnicería de todos los fanáticos, á quienes mataban en todas las calles como á bestias feroces.

Los magistrados procuraron luego encontrar á Campen, creado por Juan de Leyden, obispo de Amsterdam y capáz de avivar por sí solo el incendio que humeaba todavía. Mantúvose oculto con tanto cuidado, que pasaron cerca de seis meses sin descubrirle. En fin, se le halló entre un monton de céspedes, de donde fue arrastrado á la cárcel. Despues de una sentencia en forma, le espusieron por espacio de mas de una hora en el cadalso, teniendo en la cabeza una mitra de papel, á fin de servir de escarnio al populacho: luego le cortaron la lengua y la mano derecha, órganos de la blasfemia y del sacrilegio; y en fin, le ataron sobre un banco donde con una hacha le separaron la cabeza del cuerpo. Este fue arrojado al fuego, y la cabeza y la mano colgadas de un garfio elevado para escarmiento. De este modo fueron esterminados los anabaptistas de Munster y de los Paises-Bajos. Pero el asilo que una falsa compasion abrió á algunos de ellos en Inglaterra, donde el ódio del nombre romano lo legitimaba todo, fue infinitamente perjudicial á aquel reino hecho ya de antemano el juguete de las divisiones intestinas.